

Querido Diario:

Marcela Guijosa

Estoy acostumbrada. Yo, tan renuente a los cambios, tan sufridora en los momentos en que se rompe mi rutina cotidiana, tan asustada con lo nuevo o cuando algo me descompone mis repensados y planeados planes, de repente me detengo y me veo y constato, sorprendida, que he cambiado. Y me sentía ser como siempre, me creía pensando, sintiendo, creyendo lo mismo que hace cinco años o lo mismo que el año pasado, y resulta que no. No del todo.

Claro que en muchísimas cosas estoy igualita. Menos mal: conservo algo de mi identidad. (Y recuerdo las explicaciones metafísicas del licenciado Sodi sobre la sustancia y los accidentes). Pero ser ahora diferente es asombroso y padrísimo: hasta para tí misma eres impredecible. Y sobre todo, el proceso es aparentemente involuntario. Es como despertar y encontrarte en un lugar distinto. ¿Cómo sucedió? Quién sabe. Eres siempre tú, eres idéntica a tí misma, pero ya no eres la misma.

Bueno. Dejémosnos de profundidades y vayamos al asunto. Yo sólo quería escribir de lo asombrada que estoy porque has de saber que durante el mes de julio hice, por primera vez en mi vida, algo de lo que nunca me creí capaz: ví el fútbol. Muchos partidos. Y no sólo lo ví, sino que lo disfruté enormemente.

Aquí hago un paréntesis. De todos los deportes, claro que es el fútbol el más cercano a mí, de una manera afectiva, por algunos hombres de mi vida que han sido grandes aficionados. No me han interesado nunca los partidos ni me había gustado nunca verlos, pero la televisión encendida con el zumbido del público, las cornetas, la voz monótona de los cronistas,

y las voces de mi padre-hermano-primos-tíos-hijos comentando-gritando-discutiendo las jugadas y los arbitrajes son un ruido absolutamente familiar para mí. Puedo decir que hasta me dan paz, me hacen sentir en casa, en un ambiente doméstico de domingo en la mañana.

En junio pasado me habló mi amiga Elvira Hernández porque estaba escribiendo un artículo (feminista, claro) sobre el mundial de fútbol y me preguntó mi opinión. Y yo me solté como hilo de media con mi viejo rollo crítico al famoso balompié. A las competencias mundiales, casi como batallas entre países. Al nacionalismo chafa y exacerbado. A la violencia. Al machismo que lleva implícito. A esos aficionados del Angel que con el pretexto de la euforia rompen calles y violan mujeres. A los *hooligans*

asesinos, etcétera.

Y quién me iba a decir que un mes después iba yo a estar sentada en la orillita del sillón mordiendo las uñas viendo jugar a la Selección Mexicana, comiendo papas fritas y discutiendo con mis hijos sobre un *fuera de lugar*. Y claro, gritando "¡Gol!" al parejo que ellos, al parejo que todos mis vecinos, que toda la ciudad y



Rotmi Enciso

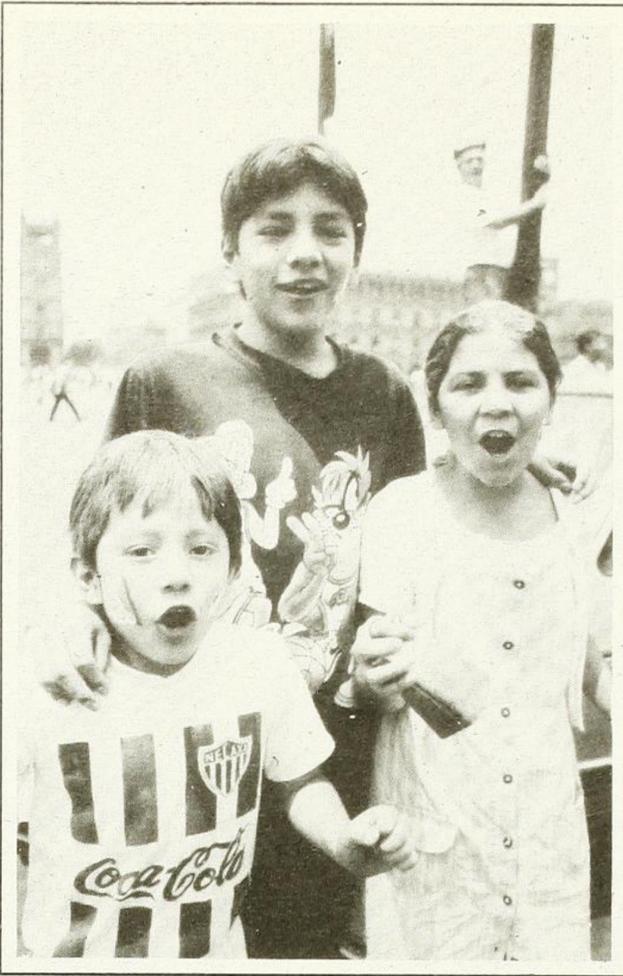
que todo el país: retumbaba en sus centros la tierra al sonoro rugir y yo también adoraba a Luis Hernández.

Y ya lo peor es que algunos otros días ni siquiera jugaba México y ni siquiera estaban mis hijos. Y yo solita llegaba de trabajar, agarraba cualquier cosa de comer y/o de beber, me iba a la televisión y me aplataba muy contenta a ver a los argentinos o a los croatas o a los nigerianos.

Qué emoción, qué delicia ver tanta floritura, ver a esos superjugadores que sí saben dominar la pelota con los pies o con la cabeza. Algunos negros, algunos güeros, qué preciosos muchachos. **Qué sencillo placer el taco de ojo. Qué alarde de fuerza y destreza, qué piernas, qué sorprendente lo que pueden hacer.** Qué agradecida me sentía de poder ver goles y penales con el corazón taquicárdico en vez de seguir rumiando las preocupaciones del trabajo y de la vida o en lugar de estar embotellada en el calorón de Insurgentes pero además pensando en delinquentes y asaltos o en lugar de estar recordando la vergüenza del discurso de Simojovel o de los tejemanejes del Fobaproa.

Me olvidaba de todo y me sumergía en la fiesta, en el circo, en el nuevo opio de los pueblos. Me ponía de buen humor oyendo cómo cantaban los aficionados ingleses o viendo sorprendida a la gente de México en el Ángel de la Independencia. No todos eran varones borrachos violadores: había chavas y chavos, mamás y abuelitos y niños y hasta perros disfrazaditos, con camisetas verdes y banderas pintadas en el pelo o en los cachetes, y estaban tan absoluta e inocentemente felices, tan ingenuos, tan sencillos. Me alegraban tanto el alma.

Y hasta fui alguna vez a comer fuera, y no me encabroné como en otras ocasiones de que en el restaurante hubiera televisiones a todo volumen, porque junto con todo el público y meseros varios también yo y mis amigas sufríamos con los tiros peligrosos y celebrábamos el gol de Croacia y hasta le aposté cincuenta pesos a Italia y no me importó



Rotmi Enciso

pagárselos a Anita cuando perdí.

Una señora muy viejita que conozco, a estas alturas solitarias y achacosas de su vida, también disfrutó el mundial. Pero sólo quedaba satisfecha cuando empataban. Si acababa uno uno, le parecía muy bien. Le parecía un final con justicia. Ella no soporta que alguno pierda. “¡Qué injusto!”, decía. Yo opino exactamente igual. Nosotras las villame-lonas creemos que nadie debería perder. Se me destrozó el corazón y casi lloré, como mi mamá y como aquel aficionado gachupín que vimos en las pantallas, cuando España se tuvo que ir. Y así me pasó

con Italia, con Colombia, con Marruecos, etcétera, y con México, por supuesto. Porque ya pensándolo bien a mí me valía gorro cuál equipo ganara. Me gustaban los juegos y ya.

Aunque mucho me temo que la victoria y la derrota —y la cantidad de miles de dólares que se están jugando en el fondo— son necesarias para ver lo mejor de todo, el espectáculo de espectáculos: ver en *close-up* a esos hombres, de traje o de camiseta, llorando a lágrima viva, abrazándose, cuerpos amontonados sin pudor apapachándose, haciéndose tantos cariños, manos amorosas en la cabeza del otro, en el cuello, en la cara. Cómo se tocan, sin miedo, cómo se besan. Y yo llorando con ellos, conmovida. Cómo los quise, cómo me derrieron el corazón.

En ninguna otra ocasión vemos algo tan increíble y maravilloso. Qué ganas de que hubiera muchos futboleros, muchas fiestas de este tipo, que hubiera un partido importante cada semana para que nos acostumbráramos a ver mucho estas escenas, para que estuviéramos viviendo así, tan contentos, tan relajados, tan familiares, tan solidarios y apapachadores. Y que todos los golpes fueran puros *faules*, sin querer, te perdono y te doy la mano para que te levantes, no hay bronca. Que ganar sólo implicara buenas jugadas y un balón en la portería. Que ser eliminado sólo significara que te vas muy cansado a tu casa. Que todo, en última instancia, fuera un juego. *Jem*